

EIKOS



REFLEXIONES ARTÍSTICAS

Una función más del arte y la educación artística hoy

Another More Art Function and Today's Artistic Education

Diana Fernanda Hortúa López*

Licenciada en Artes Plásticas

Magíster en Historia

Docente de la Licenciatura en Artes Plásticas Uptc

Recepción: 02/06/2008

Evaluación: 20/06/2008

Aceptación: 09/09/2008

Artículo de Reflexión

Resumen

Ante el fenómeno de la globalización y la pérdida de características propias de una cultura y una región, la educación artística y el arte tendrían como una más de sus funciones hacer posible pensar, reflexionar, investigar y proponer desde la región y sus prácticas culturales. Boyacá es un centro cultural por naturaleza y condición, ha mantenido durante siglos un fuerte legado

que hoy tiende a desaparecer, por desconocimiento y por hipercodificación de prácticas que no obedecen a las conexiones mentales ni vitales de sus habitantes. Al reflexionar sobre toda la riqueza de la región, como en el taller de prácticas culturales, es posible pensar y rescatar esta metodología –la del taller–, donde sujetos, objetos y comunidades hacen y consolidan su identidad y donde las posibilidades del arte y la educación



** Docente Escuela de Artes Plásticas Uptc, licenciada en artes Uptc, Magíster en Historia Uptc. argreen76@yahoo.es*





artística se vuelven infinitas, una propuesta donde la región se aprende de lo que se es. En síntesis, desde un lenguaje contemporáneo ayudar a validar y resignificar lo que somos, no como individuos, sino como comunidades.

Palabras clave: Educación artística, Prácticas culturales.

Abstract

When facing the globalization phenomenon and the loss of our own characteristics of a culture and a region, the artistic and the art education should have as one more of their functions to create the possibility to think, reflect, and propose from the region and its cultural practices. Boyacá is a cultural center which by its nature and condition, has kept

during centuries a strong legacy that today tends to disappear, due to denial and hiper codification of practices that do not obey to their habitants mental an vital connections.

When reflectioning about all the regional riches, as in the cultural practice's shop, it is possible to think and recover that methodology –of the shop–, where subjects, objects and communities make and consolidate their identity and where the art and the artistic education possibilities become infinite, a proposal where the region is apprehended from which it is. In short, to help from a contemporary language to validate and re-signify what we are, not as individuals but as communities.

Key words: Artistic Education, Boyacá, Cultural Practices.



*El arte debe recuperar sus funciones primigenias
(como arte de cocinar, arte de cultivar...).
Hacer crecer las cosas dándoles una forma que
no violente ni su naturaleza ni su substancia.*

H. Marcuse

Para referenciar el problema cabe decir que actualmente, y gracias a los avances en las comunicaciones, el mundo se encuentra intercomunicado, lo que se ha denominado por algunos «*la aldea global*»; un universo que a pesar de sus inmensas magnitudes se ha reducido y podemos «conocerlo»; el problema real no es solo pretender creer conocerlo, el verdadero problema es que paulatinamente se empieza a desconocer la propia identidad, la naturaleza que nos hace ser nosotros mismos, y empezamos a involucrar costumbres e ideologías que no aplican en el mundo físico en el que nos desenvolvemos, pero que las sentimos tan cercanas debido al contacto virtual que mantenemos con ellas. Esta situación finalmente genera una descontextualización de nuestro entorno y nuestro comportamiento dentro de la sociedad, perdiendo casi por completo el gusto por lo nuestro.

Crecemos en medio de dos fuerzas: el pasado y el futuro deseable, lo antiguo y lo nuevo, la tradición y la innovación, la permanencia y el cambio. Esta es una realidad ineludible de la vida, y esas fuerzas constituyen los ingredientes de la energía que nos impulsará por el camino que nos corresponda asumir como destino: tenemos que renovarnos: la contemporaneidad, la dinámica de la comunicación cultural en el mundo actual, nos imponen la emergencia de la renovación, de la actualización, referida a los niveles más

altos posibles de aspiraciones. Pero actualización, como lo entendemos, no es remedo, imitación y mimetismo; tampoco es un acto de adaptación de la moda del momento; la actualización del conocimiento y la información debe ser un acto de autonomía, de derecho, por medio del cual asumimos lo mejor, lo más vivo, lo más útil, necesario que otras culturas nos ofrecen (Espinoza, 1993: 75).

La globalización, la falta de valores, el desconocimiento de la cultura y la negación de las prácticas ancestrales nos han conducido a un modelo cada vez más consumista; el mundo contemporáneo ha traído consigo prácticas culturales que no obedecen a nuestras conexiones mentales y vitales.

Ahora bien, bajo esta problemática ¿cuál sería entonces una más de las funciones del arte y la educación artística hoy?

El arte ha necesitado desde siempre de las múltiples prácticas culturales para existir, ha sido fruto de la exploración e investigación material, ha sido también fruto de la reflexión del mundo, y todo lo que esto significa; ahora, una de sus principales funciones estaría orientada a la reflexión del territorio, el más cercano, el local, el propio, y desde un lenguaje contemporáneo ayudar a validar y resignificar lo que realmente somos.

Las prácticas culturales (imaginarios populares, gastronomía, artesanía, arquitectura, agricultura, folclor...) «constituyen un conjunto prodigioso de signos con los que un territorio, una región



Para referenciar el problema cabe decir que actualmente, y gracias a los avances en las comunicaciones, el mundo se encuentra intercomunicado, lo que se ha denominado por algunos «la aldea global»; un universo que a pesar de sus inmensas magnitudes se ha reducido y podemos «conocerlo»;





«cuando nos referimos al oficio evocamos una experiencia clave en la historia del hombre: por medio de la mano, el hombre transforma la materia y se transforma a sí mismo» (Espinoza, 1993: 148).

Los objetos son memoria, vínculo, lógica y conexión mental. «Los objetos nos unen y nos separan de la realidad, son parte fundamental de la argamasa con la que se identifica una cultura, la referencia directa para situar nuestra identidad; ellos son, en muchas ocasiones, la forma más entrañable de recordar quiénes somos y quién soy yo entre nosotros» (Martín Juez, 2002: 72). La actividad manual está en la base más antigua de la creación artística.

Las prácticas sociales están ancladas al desarrollo propio de la cultura, son la manera como los sujetos, en entera dinámica con los objetos, proyectan su desarrollo, el de su comunidad, el de su región y, sobre todo, el de su cultura.

Si bien tenemos unas fuertes raíces étnicas, de triple origen: indígena, africano y español, esto nos hace especialmente autóctonos, mestizos, fruto de la unión de saberes, mitos y costumbres que paulatinamente crearon una idiosincrasia cultural que no termina de construirse; como lo enuncia Orlando Fals Borda, somos una cultura «antrópica», producto de las características y condiciones del clima, la topografía del territorio y el resultado de diversas mezclas humanas; por lo tanto, tenemos prácticas culturales muy particulares; como colombianos somos fiesta, manta, mochila, vasija,

habla sobre sí misma» (Colectivo Popular de Lujo, 2004: 38). Estas prácticas están formadas por las acciones u oficios que los sujetos en común unidad desarrollan, y están determinadas por múltiples factores: el clima, la topografía, las creencias y los materiales que se producen en el entorno; afectan sus modos de vida, sus relaciones, tanto políticas como económicas y sociales donde se tejen todas sus dinámicas y sus proyecciones, pues se vive en función de ellas y es desde allí que se beneficia toda la comunidad.

Los oficios han sido la dinámica de creación y producción de muchas comunidades a lo largo del tiempo; es a partir del oficio que el hombre, a través de los tiempos, ha presentado su esencia;

Las prácticas sociales están ancladas al desarrollo propio de la cultura, son la manera como los sujetos, en entera dinámica con los objetos,



máscara, tejido, oralidad; tenemos un fuerte vínculo con los oficios ancestrales y con los objetos.

Colombia es una síntesis tropical de América, y al escudriñar en su cultura material comprendemos cómo este proceso de evolución está vivo y presente, en constante evolución; aquí es posible encontrar aún muchas prácticas sociales determinadas por las particularidades de la región.

La región boyacense está determinada por factores particulares que la distinguen de las demás, pero que la homogeneizan dentro de sí misma: su clima, el paisaje, su desarrollo económico, sus modos y maneras de vivir en vínculo con los oficios y los materiales, sus prácticas dentro del hogar, la cocina, el campo y las múltiples y variadas formas de ser de sus gentes hacen de Boyacá un territorio diverso que se esfuerza por mantener vigentes las prácticas ancestrales y culturales de una raza que se niega a soterrar su esencia.

La fuerza del futuro y la innovación ha traído consigo el desconocimiento de nuestra región, de sus prácticas, sus imaginarios, sus modos de hacer y producir cultura; esto ha permitido la producción y proliferación de prácticas culturales descontextualizadas, o hipercodificadas; lo que ha generado una imagen y una identidad de nuestro territorio -Boyacá- incongruente con respecto a la gente, al paisaje, a los oficios artesanales e industriales, a las costumbres, la gastronomía y las posibilidades siempre dinámicas de configuración que caracterizan a sus pobladores.

Los nuevos códigos, que son ofrecidos por la invasión de la tecnología y los medios de comunicación masiva sobre Boyacá, un territorio que se desconoce a sí mismo, han permitido el desuso y manipulación de los signos y significados propios de esta región, hecho que puede terminar por diluir sus realidades, desdibujar su identidad, perder su tradición, abandonar



Colombia es una síntesis tropical de América, y al escudriñar en su cultura material comprendemos cómo este proceso de evolución está vivo y presente,





su naturaleza, su patrimonio y sus objetos. Como consecuencia, en la actualidad no hay una práctica que nos identifique para encontrarnos como lo que somos. Ya no somos un patrón de lenguaje y de códigos desde donde los sujetos, los objetos y las comunidades se encuentran, se proyectan y se disfrutan.

Es de destacar la experiencia del modelo curricular «El Taller como Escuela», implementado por el proyecto de Escuelas Taller en Iberoamérica, que en Colombia funciona hace 10 años en ciudades como Cartagena, Popayán y Mompox, donde las prácticas sociales desde los oficios locales fueron la excusa para detonar una serie de dinámicas en beneficio de las comunidades y su región. En este modelo se aprende haciendo, y en él el currículo se fundamenta en el taller de oficio, en el cual los maestros ancestrales y autóctonos, como sujetos, transmiten su conocimiento, en las dinámicas propias de la producción de objetos. Se constituyen los talleres como la escuela: sujetos y objetos hacen posible que los códigos y las prácticas desde el oficio se transmitan y se mantengan vivas, y las comunidades se identifiquen, se reconozcan, se proyecten dentro y fuera de la región y se beneficien con ellas. Como dice Espinoza:

La enseñanza aprendizaje del arte es una enseñanza aprendizaje para la vida. Si la creatividad es una posibilidad latente en el ser humano, y en su desarrollo intervienen todos los componentes de su personalidad y se involucran su diferentes facultades, entendemos entonces que la función pri-

maria de una escuela de arte es contribuir al cumplimiento de un destino primero del hombre: la plenitud y el esplendor de su existencia y el continuo mejoramiento de su condición (1993: 45).

La educación del arte en su función ética y social debe servir para comunicar, para proyectar lo que son los sujetos y las comunidades, para fortalecer esos vínculos y esas lógicas, ese sentido de pertenencia que hace posible que los seres se identifiquen y respeten. Cuando esta condición es entendida en todo tipo de niveles socioculturales y educativos, es posible reencontrar nuestra función en la sociedad percibiéndonos como seres libres, respetuosos, autónomos, éticos y con identidad propia, en un país tan diverso como el nuestro.

Región. Toda una escuela de prácticas estéticas

La formación artística ha permanecido en *stand by* dentro de las políticas educativas que se han implementado; se ha disimulado la pedagogía del arte y se ha desdeñado totalmente como una posibilidad en el campo de la reflexión y la investigación, pese a que ofrece una amplia gama de posibilidades extraordinarias que permitirían iniciar acciones y procesos de revitalización de nuestros principios y fundamentos espirituales y culturales, tanto en el país como en la región, la ciudad y el campo.



La educación del arte en su función ética y social debe servir para comunicar, para proyectar lo que son los sujetos y las comunidades, para fortalecer esos vínculos y esas lógicas,





De allí que comenzar una profunda transformación de nuestras metodologías y, sobre todo, de nuestras prácticas pedagógicas, sea un propósito para llegar a activar y convertir las *escuelas* (no solo de arte) en verdaderos semilleros de investigación, donde la creatividad, el pensamiento creativo y la transformación cultural sean acciones continuas, permanentes y se asuman como una constante.

El taller boyacense comporta prácticas culturales que se presentan en diversos escenarios cargados de lenguajes y valores propios de las actividades realizadas en comunidad y colectivos. Espacios como la cocina, concebida como el lugar donde se reúne la familia al calor de un fogón en un amable acto de transformación de alimentos; el campo, panorama rural, donde el vínculo con la tierra y la sabiduría

transmitida por generaciones hacen posible cada año el florecimiento del paisaje; la arquitectura de adobe y tapia que aún hoy podemos encontrar, pero que paulatinamente ha sido remplazada por construcciones más aparentes y de *mayor estrato* (ladrillo); los talleres de oficio como el tejido, la cerámica, la carpintería, la talla de piedra, la cestería, entre otros, donde los objetos producto del proceso de transformación de materiales e ideas manifiestan un rastro latente de identidad, y las fiestas o festejos patronales, donde al son de los múltiples preparativos se involucra toda la comunidad en un comprometido y simbólico acto de performance.

Bajo estas experiencias, el reconocimiento y la resignificación de las prácticas culturales de Boyacá adquieren proyección bajo un modelo de *escuela* desde



El taller boyacense comporta prácticas culturales *que se presentan en diversos escenarios cargados de lenguajes y valores propios de las actividades realizadas en comunidad y colectivos.*





el taller, en una región que aprende, se reconoce, se recupera, se identifica y se proyecta desde lo que es. *Escuela* que inscribe en la región mayor posibilidad de apropiación y sentido de pertenencia con ayuda del legado ancestral, en pro del desarrollo de múltiples técnicas y tecnologías ancladas al pensamiento y al espíritu que los identifica, donde la práctica, la pedagogía y los métodos sean toda un experiencia de investigación, sujeta a aquellas prácticas heredadas que hasta hoy han soportado todos los avances estéticos y tecnológicos.

Volver a lo vital, hacer de esta una acción curricular auténtica, que nos represente e identifique, que intervenga en la transformación de la educación del arte en la región y el país. Esta *escuela* es posible si aprende de lo que se es. «Potenciando nuestro imaginario popular, nuestras prácticas culturales, que son todo lo que somos y lo que nos constituye, en el

contexto y en nuestro territorio, generando un cambio de actitud frente a nosotros mismos, al encuentro con el otro, frente al conocimiento y frente a las maneras de hacer pedagogía» (Márquez, 2002: 18).

Para concluir, Carlos Fuentes enuncia una frase que bien puede adoptarse como bandera en un mundo que se extraña de su propia cultura, y que de no adoptar medidas de autoconocimiento podría extinguirse sin dejar el menor rastro en el tiempo y en el espacio: «*Sin la cultura de la tradición, careceríamos de la tradición de la cultura: seríamos huérfanos de imaginación. Una nueva creación se funda en una tradición viviente.*».

Las prácticas culturales propias de cada región agrupan un legado técnico, tecnológico, de sabiduría y conocimiento que aunque no está inscrito en la pedagogía, nos recuerda, señala y enseña, en esencia, a ser más humanos.



Carlos Fuentes enuncia una frase que bien puede adoptarse como bandera en un mundo que se extraña de su propia cultura,





Bibliografía

- COLECTIVO POPULAR DE LUJO (2004): *Ciudad invisible. Gráfica e iconografía popular urbana*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- ESPINOZA, Manuel (1993): *Uno y Múltiple*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- MÁRQUEZ BARRERA, Eliana (2002): *Intervención estética del proyecto universidad*. Tunja: Uptc.
- MARTÍN JUEZ, Fernando (2002): *Contribuciones para una antropología del diseño*. Barcelona: Gedisa.